

**DOMINIQUE
MANOTTI
MARSELLA
73**

TRADUCCIÓN DE VÍCTOR DEL ÁRBOL



«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos). Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)».

Título original: *Marseille 73*
© by Dominique Manotti
© Editions Les Arènes, París, 2020.

Traducción: Víctor del Árbol Romero
Diseño de la cubierta © Eva Olaya
Corrección: Xavier Beltrán

1.ª edición: mayo de 2021
Derechos exclusivos de edición en español
reservados para todo el mundo:
© 2021: Ediciones Versátil S.L.
Av. Diagonal, 601 planta 8
08028 Barcelona
www.ed-versatil.com

ISBN: 978-84-122725-9-8
Depósito legal: B 6865-2021
Impreso en España

2021 - Estilo Estugraf Impresores S. L.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o fotocopia, sin autorización escrita del editor.

NOTA DE LA AUTORA
La policía en *Marsella* 73

A lo largo de esta novela, la policía marsellesa se enfrenta a una guerra interna, rivalidades entre servicios y problemas de confianza mutua.

En esa época existían dos grandes servicios policiales sobre el terreno, con una atribución de competencias diferenciada: la dirección departamental de la Policía Urbana y el Servicio Regional de la Policía Judicial (SRPJ). Ambas direcciones compartían el mismo edificio central en Marsella, el Obispado. El servicio interno del edificio, su vigilancia y funcionamiento, estaba bajo la responsabilidad de la Policía Urbana.

La PU era el servicio con más efectivos, la mayoría de ellos uniformados o agentes de calle. Su misión era asegurar la presencia policial sobre el terreno. Tenía varias ramas:

Las comisarías de distrito o barrio y los servicios propios de seguridad ciudadana. En la novela se trata de la comisaría del distrito xv.

La Seguridad Pública (SP), consagrada a la lucha contra la delincuencia. Normalmente se trataba de inspectores de paisano. Se organizaban en varias brigadas, algunas de competencia exclusiva, como la brigada de menores, antivicio, y otras duplicadas con la Policía Judicial, como la Brigada Criminal, Antiatracos o de Delitos Financieros. En principio, los inspectores de la Seguridad Pública trabajaban en estrecha unión con las comisarías de distrito y en colaboración con los agentes uniformados. Su ámbito de actuación era Marsella y su área metropolitana. Trabajaban bajo las órdenes del delegado del gobierno y del juez decano.

En cuanto al Servicio Regional de la Policía Judicial, se trataba de un servicio con menos efectivos que la PU, pero más especializado. Dependían directamente de la Dirección Nacional de la Policía Judicial, y en el transcurso de sus investigaciones actuaban bajo las órdenes de un juez o del juez decano. Se organizaba en brigadas, entre otras, la Brigada Criminal. En la novela, dirigida por el comisario jefe Percheron, y a la que pertenece el comisario Daquin, nuestro protagonista, así como su equipo, los inspectores Grimbert y Delmas. También contaban con la Brigada contra Delitos Financieros. Todos los policías pertenecientes a la PJ tenían la consideración de oficiales de Policía Judicial. También disponían de una unidad de Policía Científica que servía indistintamente a la Policía Urbana y a la Policía Judicial.

En principio, el ámbito territorial de la Policía Judicial era más amplio que el de la PU, en todo el departamento de Aix-en-Provence, incluida Marsella. Su misión era ocuparse de la delincuencia organizada, los crímenes de especial complejidad o impacto social, asesinatos o blanqueo de capitales.

La rivalidad entre ambas direcciones se hacía patente en todos los niveles, especialmente entre la Policía Judicial y la Seguridad Pública, ya que a menudo sus competencias se solapaban.

Cuando se abría una investigación, era la autoridad judicial, primero el juez decano y después el juez asignado por este, quien decidía qué servicio se encargaba del caso.

NOTA DEL TRADUCTOR

Algunas estructuras administrativas francesas, tanto de la justicia como de la policía, no tienen equivalencia exacta en la administración española. Cuando ha sido posible encontrarla se ha empleado el término concurrente, pero en otros se ha decidido adaptar el término para facilitar la lectura. Así, hemos traducido los servicios de la Police Urbaine (PU) y la Sûreté por Policía Urbana y Seguridad Pública. Aunque no queremos inducir a error al lector, la PU tenía muchas más competencias asignadas que las que corresponden a las policías locales en nuestro país.

En el caso del reparto de casos judiciales, se ha decidido adaptar el cargo de *procureur*, que literalmente se traduciría como «procurador», dado que dicho cargo no tiene correspondencia con las competencias de un procurador en España. Se trata, en este caso, de un cargo de la carrera judicial francesa, designado para dirigir un partido judicial en nombre del gobierno. Es quien en la novela se encarga de ordenar qué juez debe dirigir cada investigación. Aunque no es exactamente lo mismo, es lo más parecido, en el marco judicial español, al juez decano.

Otro cargo que hemos decidido adaptar es el de *préfet*, que podría traducirse como «prefecto», básicamente un funcionario de alto rango designado por el gobierno para dirigir políticamente los diferentes órganos departamentales, también la dirección política de la policía. En un contexto español su equivalente exacto es el delegado del gobierno.

PRÓLOGO

1973. Grasse, la encantadora ciudad provenzal con sus flores, sus perfumes, sus treinta mil habitantes y su escaso millar de trabajadores inmigrantes, en su mayoría tunecinos, empleados como jornaleros, obreros de la construcción, todos ellos trabajadores en negro.

En el otoño de 1972 el gobierno francés decidió controlar a la población inmigrante de una manera mucho más estricta de lo que lo había hecho hasta entonces. La circular Marcellin-Fontanet exigía a los inmigrantes que quisieran entrar en territorio francés o que ya residieran en él dos condiciones para obtener el permiso de residencia y ser regularizados: haber firmado un contrato de trabajo y tener un alojamiento salubre. Inmediatamente, el 86 % de los inmigrantes pasaron de la categoría de «trabajadores en negro» a engrosar la de «sin papeles», candidatos a la expulsión a partir del verano de 1973. Aprovechando que se acercaba el fin del plazo concedido por el gobierno para cumplir dichas condiciones, el movimiento de extrema derecha Nuevo Orden puso en marcha una campaña nacional el 9 de junio de 1973 bajo el lema: «Alto a la inmigración salvaje».

En Grasse, como en todo el país, los inmigrantes se sentían amenazados, ya que la mayoría no cumplían con los requisitos impuestos por el gobierno y se arriesgaban a ser expulsados. El 11 de junio de 1973, celebraron una asamblea multitudinaria en el centro histórico de la ciudad —donde vivían muchos de ellos, aunque en barrios marginales— y decidieron ir a la huelga a partir del día siguiente para obtener contratos de trabajo y alojamientos decentes. Aquella noche los muros de la ciudad se

cubrieron de pasquines negros y blancos con la firma de Nuevo Orden: «Alto a la inmigración salvaje».

A la mañana siguiente, 12 de junio, dio comienzo la huelga de los trabajadores inmigrantes de Grasse, con un seguimiento masivo. Una comitiva de entre doscientos y trescientos se dirigió al Ayuntamiento para pedir que el alcalde recibiera a una delegación, a fin de exponerle su situación y sus reivindicaciones. El alcalde no solo se negó a atenderlos: recurrió a los bomberos para dispersar a los manifestantes con mangueras de agua a presión y solicitó refuerzos a las fuerzas Antidisturbios de los CRS. Durante el resto de la mañana, grupos aislados de huelguistas siguieron con las protestas, deambulando por las calles del casco antiguo. Hacia las 16:00, los CRS recibieron la orden de cargar con violencia y dispersarlos sin contemplaciones; artesanos y pequeños comerciantes de Grasse, armados con palos, se sumaron a las fuerzas policiales. La caza al inmigrante, que llegó incluso hasta el interior de las casas donde estos trataban de refugiarse, duró hasta bien entrada la noche. Resultado: cinco heridos de gravedad y doscientas detenciones.

Al día siguiente los habitantes de Grasse crearon un Comité de Vigilancia de Comerciantes y Artesanos, cuyo objetivo declarado era «deshacerse de todos esos vagos que manchan el buen nombre de la ciudad». El alcalde, de un partido de centro, convocó a la prensa y declaró: «Estas manifestaciones de inmigrantes son inadmisibles, alteran el orden público». Se quejó, además, de que no fueran reprimidas con mayor firmeza y añadió, compungido: «Es terrible que esta gente nos invada».

L'Express, el periódico de tirada nacional más importante de aquellos años, se hizo eco de los sucesos con el siguiente titular: «Caza de brujas en Grasse. Algo peligroso está emergiendo y tiene un nombre: racismo».

MIÉRCOLES, 15 DE AGOSTO

Para el comisario Théodore Daquin era el primer día de descanso desde principios de agosto. Como comisario más joven y al ser el último en incorporarse a la Brigada Criminal, le había tocado cubrir las guardias desde la marcha del antiguo comisario jefe, por incompetente, a finales de julio y hasta la llegada del nuevo, prevista para el 20 de agosto. Como responsable accidental de la brigada, Daquin contaba con la ayuda de un veterano de la Policía Judicial, el inspector Michel, a punto de jubilarse. Lidiar con un servicio bajo mínimos y en una ciudad sometida a una tensión extrema resultaba agotador.

Aquel primer día de descanso, Daquin se instaló en una butaca en el balcón de su casa, con una taza de café y un buen libro, *El día de la lechuga*, de Sciascia (Palermo y Marsella: asonancias y disonancias). Todavía no había llegado lo peor del calor. Daquin tenía el Puerto Viejo a sus pies, la basílica de Notre-Dame de la Garde enfrente, blanca bajo un cielo azul inmenso. Necesitaba abandonarse un rato, olvidarse de que la ciudad era una olla a presión, al borde de la explosión, disfrutar del momento. Pero justo en ese instante sonó el teléfono.

Daquin se levantó con un gruñido y descolgó.

—Diga.

—¿Théo? —Era la voz de Vincent.

—¿Ya has vuelto de vacaciones?

—Sí, mi bufete me llamó anoche. Ha habido un enfrentamiento a tiros entre matones de poca monta, que se ha saldado con un muerto. Es una buena oportunidad para demostrarle al bufete mi valía. Si lo hago bien, tal vez signifique el despeque

de mi carrera, así que me he dejado convencer, he suspendido las vacaciones y he vuelto esta misma noche... ¿Por qué no me invitas a cenar en tu casa?

—Como quieras, pero te advierto que será una cena sencilla, improvisaré con lo que encuentre en la nevera. No me apetece salir a comprar nada.

—Estará genial, como siempre. Te dejo, tengo trabajo. Nos vemos esta noche.

Daquin colgó. Vincent era un antiguo compañero de la Facultad de Derecho de París, en aquellos años en los que su generación experimentaba la revolución de las costumbres y la moral; cuando algunos como Daquin, Vincent y muchos de sus amigos descubrieron la felicidad de asumir libremente su homosexualidad. Desde luego, no en la Facultad de Derecho, demasiado tradicionalista, pero ¡París ofrecía tantas oportunidades...! En Marsella la historia era distinta. Vincent trataba de labrarse un futuro en un importante bufete penalista especializado en la defensa de delincuentes. Aspiraba a una carrera profesional segura y «honorable». Y eso lo obligaba a llevar las relaciones amorosas con extrema discreción y a no comprometerse. Para Daquin las cosas tampoco eran sencillas. Un comisario de veintisiete años, y además parisino, no podía mostrar abiertamente su homosexualidad, ni siquiera permitir la más leve sospecha, so pena de ser expulsado de la policía y repudiado por la ciudad. Así que ambos mantenían una relación clandestina, episódica, tibia y confortable, esperando tiempos mejores. Verse así con Vincent le hacía sentirse como un párvulo. Resultaba frustrante.

Volvió al balcón y se sumergió en la lectura, pero no lograba concentrarse. No dejaba de darle vueltas a la conversación con Vincent. Su bufete se dedicaba a la defensa de delincuentes importantes, pero él había hablado de una pelea entre matones de poca monta, con un muerto. Y, sin embargo, Daquin no había

tenido ninguna noticia al respecto. A pesar de ser pleno mes de agosto, era su trabajo. Debería haberlo sabido.

Hojeó *Le Quotidien de Marseille*. No publicaban nada remarkable... O casi nada; en la página dos encontró un breve artículo bajo el titular: «Reyerta en Vallon des Tuves». Al parecer, una joven había sido el detonante de la pelea y alguien había disparado un arma de fuego dos veces con el resultado de un muerto y un herido, ambos argelinos. ¿Por qué se interesaba el bufete de Vincent por un caso así? En la última línea de la noticia Daquin leyó: «... el jefe de la Seguridad Pública acudió al lugar de los hechos». Daquin movió la cabeza, incrédulo. ¿El jefe de la Seguridad Pública en una pelea sin mayor trascendencia? Tenía que haber algo más.

Llamó al inspector Michel, que aquel día estaba de guardia. El inspector estaba al corriente de lo ocurrido en Vallon des Tuves, él mismo había llevado hasta el lugar de los hechos al juez decano.

—Se trata de un ajuste de cuentas entre bandas rivales que ha acabado mal. El juez decano y el jefe de Seguridad Pública se han puesto de acuerdo: ellos se encargan de la investigación, no hay nada para nosotros.

—¿No quieren que se encargue la Brigada Criminal?

—No, puedes seguir relajado en tu día de descanso.

Daquin colgó pensando que sería inútil acercarse al Obispo —así llamaban al edificio de los Servicios Centrales de la Policía en Marsella—, no averiguaría nada más. Pero estaba convencido de que durante la cena Vincent no resistiría la tentación de pavonearse un poco y de hablar del tema.

Hasta entonces, lo mejor que podía hacer era concentrarse en la lectura de *El día de la lechuza*.

Vincent llegó con una botella de *champagne*. Se instalaron en el balcón y la descorcharon. Comenzó a hablar de sus vacaciones

en las Islas Baleares, pero Daquin no lo escuchaba, simplemente lo contemplaba: era un hombre atractivo y recordó su primer beso, no en París, sino aquí, en Marsella, en este mismo balcón, también en torno a una botella de *champagne*. Volvió a sentir el placer de aquel primer encuentro, su mirada profunda y seductora, aquellos ojos azules hundidos en los supraorbitales prominentes que viraban hacia el color gris cuando los inundaba el deseo, el cuerpo musculoso, sin un gramo de grasa, su bonito culo. Daquin deseaba reencontrarse con las sensaciones que lo hicieron vibrar la primera vez que su mano acarició a Vincent. «No olvides este placer, Théo, no estás hecho para la soledad», pensó mientras apuraba su copa y se ponía en pie.

—Voy a preparar espaguetis, tardarán unos quince minutos.

—¿Antes o después de hacer el amor?

—Es lo mismo que me preguntaste en nuestra primera cita, hace seis meses.

—Y tú me respondiste...

—... Primero el amor y después la cocina.

Dos horas más tarde, estaban frente a un plato de espaguetis al ajo, pimienta y aceite. Vincent estaba eufórico.

—Estos espaguetis son la guinda de un día maravilloso.

—¿El tema de Vallon des Tuves pinta bien?

Vincent se sobresaltó.

—El juez decano me aseguró que no iba a darle publicidad...

—Los rumores corren rápido. Creía que tu bufete solo se interesaba por la delincuencia de postín.

—Así es, pero la *crème de la crème* criminal también se vale de peones, soldados de bajo rango que de vez en cuando hacen alguna tontería por su cuenta, y a mí me toca hacer méritos en el bufete, así que debo ocuparme de solucionarlo.

Bebieron un par de copas de Côtes-du-Rhône y a Vincent se le soltó la lengua:

—... Lo difícil es convencer a mi cliente para que se declare culpable. La gente de ese barrio lo conoce, hay testigos que lo vieron disparar, pero él está empeñado en buscar excusas. Si se declarase culpable en el tribunal de Aix, podría conseguirle circunstancias atenuantes. Disparó contra tres árabes, ¿entiendes? Tres árabes juntos inspiran miedo, ¿no? Cualquiera jurado lo entendería: legítima defensa y asunto resuelto. Es importante para mi carrera.

Daquin lo observó cuidadosamente. Era un argumento queapestaba y que podía irsele de las manos.

—Tu carrera... ¿Te acuerdas de que en la universidad te llamábamos el «yerno ideal»? —Vincent torció el gesto, no le gustaba recordar aquellas novatadas—. Teníamos razón, lo eres; así que te daré un consejo si quieres progresar de verdad en tu carrera: cástate y hazlo pronto.

LUNES, 20 DE AGOSTO

Daquin se encaminó hacia el Obispado bajo un calor asfixiante. El nuevo jefe de la Brigada Criminal llegaba aquella mañana, y el resto de los inspectores acababan las vacaciones. Todo volvía a ponerse en marcha. Daquin caminaba deprisa y desembocó en la explanada de la catedral. El mar estaba allí, fiel a sí mismo, brillante bajo el sol, hipnótico. Notó la sal en los labios. Se volvió. Frente a él contempló la silueta rectilínea y soberbia del antiguo obispado, una arquitectura clásica que enmascaraba el edificio nuevo, un cubo de cemento y cristal, construido para ampliar la comisaría central. Aquella fachada clásica, ordenada, ofrecía un contraste sorprendente con la organización del espacio interior: un laberinto de pasillos interminables, rincones muertos y escaleras para pasar de un departamento a otro, todo envuelto por una luz mortecina y un olor a polvo y moho. Sin embargo, existía una profunda consonancia entre la distribución de los departamentos y la arquitectura de los poderes que los ocupaban: poderes oficiales, semioficiales, clandestinos, mafiosos, que aseguraban el equilibrio de un poder superior y omnipresente tras la fachada de unos servicios policiales complacientes y arcaicos. Daquin había aprendido a visualizar el Obispado como un universo coherente. Ya llegaba tarde, de modo que inspiró con fuerza y entró en el edificio.

Los jefes de equipo de la Brigada Criminal estaban sentados alrededor de la mesa de reuniones. El comisario principal, Percheron, entró en la sala. Daquin le echó una ojeada: cuarenta y cinco o cuarenta y seis años, figura cuadrada, un tanto robusta,

el rostro sudoroso, los ojos negros y los cabellos, también negros, cortados a cepillo. Tomó asiento y se presentó brevemente:

—Antes de mi nombramiento como jefe de la Brigada Criminal de Marsella, estuve destinado en la Criminal de Montpellier. Allí compartíamos ciertos expedientes con Marsella, de modo que he seguido de cerca algunos de los casos que voy a encontrarme aquí.

A continuación, pasó al ataque:

—He pasado una semana con la dirección del Servicio Regional de la Policía Judicial de Marsella para familiarizarme con las investigaciones en curso. Seamos sinceros, la franqueza entre nosotros debe ser un valor capital, así que lo diré bien claro: estoy aquí porque la brigada es un desastre. Me voy a remontar solo un año y medio atrás, a la primavera del 72 y al asesinato de uno de los mejores inspectores a manos de un delincuente, todavía en búsqueda y captura; desde entonces, la Criminal de Marsella ha sufrido, además, el fiasco de la investigación de la muerte de Jeremy Cartland, en Pélissanne. No entraré en el fondo de la cuestión, pero os recuerdo que el caso lo cerró Scotland Yard; los británicos tuvieron que venir aquí y empezar la investigación desde cero, con la complacencia de nuestro gobierno, y para rematar el asunto la justicia inglesa declaró inocente al hijo de Cartland, nuestro principal sospechoso. Aquello hizo temblar los cimientos de la brigada. Mi propósito es restaurar nuestra credibilidad. Confío en vosotros y os pido que confiéis en mí.

Daquin, sentado frente a Percheron, se dio cuenta de la falta de química entre ellos. No había afinidad, más bien al contrario, una desconfianza instintiva. Que un jefe declarase la franqueza como el pilar de la virtud y exigiera confianza a sus subordinados le parecía una mala señal.

Cada cual puso al comisario al corriente de las investigaciones que estaba llevando a cabo. Percheron retomó la palabra:

—La semana pasada, el director de la PJ puso mucho énfasis en el sumario Susini, cuyo juicio está previsto que se celebre a principios del año que viene en los juzgados de Aix-en-Provence. Creo que el director tiene razón. Es un caso de vital importancia para nosotros. Susini está acusado, junto a ocho cómplices, de ser el autor de una auténtica epidemia de atracos, toscamente ejecutados, pero con un botín generoso, entre el 69 y el 70, todos en Marsella. Aquí tenemos una comunidad de alrededor de cien mil *pieds-noirs*,¹ llegados tras la catástrofe del final de la guerra en Argelia, hace ya más de diez años, y que siguen viviendo entre la nostalgia y el recuerdo. Y Susini ocupa un lugar primordial en su imaginario, lo ven como un héroe. En 1961 era un joven que rechazaba que Francia aceptase la independencia de Argelia, y que por tanto traicionase a su Argelia, la Argelia francesa. Tomó las armas para defenderla y creó, junto a unos pocos hombres, una organización secreta, la Organización del Ejército Secreto, la OAS, que no tuvo reparos en atacar con armas y bombas a los franceses del ejército que él consideraba traidores, y también a los enemigos argelinos. Tanto la guerra de Argelia como la OAS acabaron con un baño de sangre y con el éxodo de novecientos mil europeos. Sin embargo, muchos *pieds-noirs* no culpan a Susini. Han olvidado la sangre derramada y prefieren recordar su pérdida común y crear una fraternidad de expatriados; incluso aunque la OAS haya perdido toda esperanza de recuperar Argelia y continúe su lucha en suelo francés, asesinando y atentando contra un gobierno que los traicionó. El juicio contra Susini se va a desarrollar bajo la atenta mirada de la comunidad *piéd-noir* marsellesa. El director tiene razón: nuestro trabajo es procurar que el proceso se desarrolle de manera impecable. Los inspectores Benoit y Varin participaron en la caza y detención de la

1. Los *pieds-noirs*, «pies negros», son personas de origen francés que nacieron en Argelia durante el período colonial. (N. del T.)

banda, conocen bien el caso, desde dentro. Propongo que ellos sigan adelante con el asunto.

Hubo un acuerdo unánime.

—... Necesitamos que sea un juicio tranquilo. Nada de desórdenes públicos, que los testigos preparen meticulosamente sus declaraciones, nada de falsas pruebas y que la seguridad personal de los acusados esté garantizada. Con tantos soldados asesinados, nunca se sabe... Sobre esto, poco podemos añadir. El objetivo es que todo el mundo comprenda que los verdaderos héroes somos nosotros, que hemos cazado a los gánsteres, que los hemos detenido a todos, que somos nosotros quienes hemos restablecido el orden y la tranquilidad en la ciudad y no la banda de Susini, que ha terminado su guerra entre tiroteos y ahogándose en su inclinación por el dinero y la riqueza. Les daremos a Benoit y Varin toda la ayuda que necesiten.

Percheron continuó, lanzado:

—Otra cosa... Nuestros colegas de la sección de la PJ en Toulon nos han llamado. Vigilan desde hace tiempo a la UFRA... ¿Todo el mundo tiene claras estas siglas? La Unión de Franceses Repatriados de Argelia; se trata de una asociación de defensa de los *pieds-noirs*, no demasiado importante, pero muy activa. Tiene la sede social en Var, y les gusta moverse en la ilegalidad. Según nuestros colegas de Toulon, un grupo armado próximo a la UFRA visitó hace poco a un notario y, pistola en mano, lo obligó a bloquear la venta de bienes por embargos de algunos de sus afiliados. Volvieron a actuar un mes más tarde, para provocar la expulsión de un agricultor *pied-noir* que se negaba a pagar el impuesto revolucionario. Los agentes de Toulon han detenido a algunos miembros por llevar armas sin licencia y, durante el registro domiciliario de uno de ellos, han encontrado material suficiente para preparar una bomba de alcance considerable. En el contexto actual, tras los sucesos de Grasse y el clima tenso

en toda la región, nuestros colegas temen que esto acabe estallando de un modo u otro. El juez decano de Toulon ha decidido abrir una investigación preliminar, y los colegas de la PJ han encontrado algunas direcciones en Marsella en varios documentos incautados. Nos han pedido que compartamos con ellos la información de la que disponemos... Sé que mi predecesor era muy reservado respecto a esta clase de intercambios con otros departamentos, pero me parece que, dadas las circunstancias, no podemos obviar su petición. Daquin, he pensado que usted y su equipo podrían ocuparse de este tema. Contacte con ellos, y veremos qué hacer.

La propuesta fue admitida.

Tras la reunión, Percheron llamó a su despacho a Daquin, le dio los nombres de los agentes de Toulon con los que debía contactar y añadió, en tono confidencial:

—Seamos claros: apoyaremos a nuestros colegas de Toulon, obedeciendo estrictamente las órdenes del juez decano para este caso. Sin embargo, hasta el momento no se ha abierto ninguna investigación en Marsella. Por tanto, hay que ser prudente; he oído que algunos agentes de la comisaría están en los círculos de la UFRA y no quiero conflictos en casa. Por otro lado, tampoco hay que meter en el mismo saco a todo el mundo. Es cierto que algunos se arriesgan a agravar la situación con los norteafricanos, jugando con la provocación y la violencia. A estos hay que calmarlos, desde luego; pero otros elementos de la UFRA pueden servirnos para controlar a los *pieds-noirs* en el futuro, que ya nos causan bastantes problemas. Me gustaría que aproveche la ocasión para hacer un informe detallado de la UFRA: de quién podemos fiarnos y a quién debemos vigilar. Como puede ver, le estoy pidiendo algo sencillo, ¿no le parece?

—No, no me lo parece. Pero mi equipo y yo nos pondremos a trabajar en ello inmediatamente.

Daquin reunió a su equipo, los inspectores Grimbert y Delmas, en el pequeño despacho que compartían en las dependencias de la Policía Judicial. Daquin trabajaba con ellos desde su llegada a Marsella, los apreciaba y confiaba en ellos, a pesar de que eran muy diferentes entre sí. Grimbert tenía treinta y cinco años y quince de experiencia en la policía de Marsella. Había nacido en Malta, del encuentro improbable entre un alemán que huía de los nazis y de una maltesa. La familia llegó a Marsella hacia el final de la guerra, y su padre siguió luego su camino. Era, por tanto, un marsellés de pura cepa, cuyo conocimiento del territorio resultaba imprescindible para la supervivencia de Daquin, *el Parisino*. En cuanto a Delmas, apenas tenía veinticinco años, había llegado del suroeste hacía seis meses, al mismo tiempo que Daquin, y trataba de aprender la profesión, de conocer la ciudad y la vida.

Después de quince días, volvían a verse junto a una taza de café, y el reencuentro fue caluroso. A continuación, Daquin les hizo un breve resumen de su conversación con el comisario Percheron. La UFRA, la investigación en curso en Toulon, las detenciones practicadas y las posibles ramificaciones en Marsella. Sobre todo hizo hincapié en la advertencia de Percheron de que probablemente había policías en el Obispado que simpatizaban con la UFRA, por lo que debían ser extremadamente cautelosos.

—Grimbert, necesito que me expliques dos cosas. La primera es por qué no me cae bien nuestro nuevo comisario jefe.

—Porque tiene usted buen olfato. Trabajé con Percheron hace años en Montpellier. Es un bruto, pero eficaz, sin escrúpulos, capaz de cualquier cosa para ascender. Le recomiendo que se ande con ojo con él.

—Y ahí va mi segunda pregunta: ¿por qué crees tú que nos confía esta investigación semioficial y, al mismo tiempo, me pide que colabore con la fiscalía de Toulon?

—Porque es usted parisino. Y porque sabe que yo trabajé du-

rante años como uniformado en la Policía Urbana y que mantengo mis contactos allí. Sabe todo eso y no se fía de ninguno de nosotros. Podrá culparnos si algo sale mal y se quedará tan tranquilo. Además, hay que tener en cuenta las luchas de poder en la policía, entre los corsos y los *pieds-noirs*, que son muy complejas... ¿Sabía que Percheron es un *pied-noir*? No descartaría la hipótesis de que nos envíe a recabar información sobre la UFRA con el único propósito de elegir bien a sus aliados para afianzar su posición aquí, en el Obispado.

—Entiendo... Y, sin embargo, nos guste o no, tenemos que ocuparnos del asunto.

—Sí, comisario. Nuestros colegas de Toulon no se equivocan. La guerra de Argelia no ha terminado en la región, la chispa puede volver a prender en cualquier momento, y en Marsella las cosas se están complicando. Deberíamos tomarnos esto en serio.

—¿Tú qué dices, Delmas?

—Yo estoy con usted, comisario.

—De acuerdo, pero no nos precipitemos. Vayamos paso a paso y sin perder el control de la situación para evitar las trampas. ¿Por dónde empezamos?

—No tenemos nada sobre la delegación de la UFRA en Marsella. Deberíamos recopilar información antes de ir a ver a nuestros colegas de Toulon si no queremos quedar como gilipollas.

Daquin le pidió a Delmas que recopilase cualquier dossier disponible sobre la UFRA, ya fuera administrativo, de prensa o de cualquier otra fuente, incluidos los archivos policiales. Grimbart intentaría localizar a los policías de la comisaría vinculados al grupo, si es que realmente existían. Él era quien mejor conocía los entresijos del Obispado. Lo primero que hizo fue llamar al Gordo Marcel para quedar con él. Era la persona clave si pretendía acercarse a los agentes de la PU. Se citaron para almorzar juntos a la mañana siguiente en Chez Étienne, su bar de comidas habitual.